

Prólogo

Let Aesop fable in a winter's night—
His currish riddles sorts not with this place.

Richard Duke of York (3 Henry VI), V, 5

La literatura inglesa, y su asombrosa proyección en la literatura norteamericana, son una fuente de deleite y educación inagotables. *A posteriori*, se diría que la historia ha dictado las condiciones para que así sea. El Renacimiento, el Puritanismo y la Revolución habrían sido los acontecimientos que han modulado la aproximación de los ingleses y norteamericanos al mundo del libro y de la lectura, en general. La fuerza retrospectiva de esa consideración es innegable, de modo que el pasado parece guardar un secreto susceptible de ser descifrado por el crítico e historiador de la literatura. Es factible comprender la literatura como producto de la cultura —como culminación de una «cultura escrita»— y la cultura como producto de la historia, en la que habrían intervenido fuerzas de diversa índole. La creación literaria sería incomprensible, por tanto, desde un punto de vista exclusivamente literario. Las transformaciones que ha sufrido la crítica literaria, que ya forman parte de ese legado, darían testimonio de ello. El «tesoro» de los libros, entendido como una herencia generacional, se brin-

daba a ser investigado conforme a su procedencia, y en ese proceso hemos sido capaces de iluminar facetas de la historia que con anterioridad eran desconocidas o deliberadamente omitidas. Los estudios literarios contemporáneos, en la estela de los Estudios Culturales, que han tomado el relevo de las Humanidades desde el siglo XX, mantienen abierta esa puerta de la interpretación a nuevas perspectivas de la historia cultural en general.

En el marco de esta relectura de la historia literaria, sin embargo, también sería legítimo atender a la exigencia de una lectura prospectiva o «creativa» de las grandes obras de la tradición literaria angloamericana. La lectura prospectiva sería aquélla que hunde sus raíces —por usar la expresión de Thoreau— en el tiempo en el que realmente mejoramos, que no es presente, pasado ni futuro. La lectura creativa obraría una suspensión provisional del juicio histórico y serviría de estímulo sólo para la imaginación moral. Resulta notable la manera en que pensadores y filósofos contemporáneos de diversa procedencia y formación, como Stanley Cavell, Kwame Anthony Appiah o Giacomo Marramao, han subrayado recientemente la función de la imaginación como medio para garantizar la continuidad de las conversaciones que enriquecen la búsqueda de lo ordinario, la aspiración cosmopolita a convivir en un mundo de extraños o el propósito de comprender las narraciones compartidas de la democracia. El mundo de la literatura, en general, con el horizonte de la lectura creativa, vendría a contener, más allá de ineludibles consideraciones históricas, puntos de apoyo para elaborar una reflexión ética y definir acciones políticas a la altura de los tiempos en que vivimos.

La «altura de los tiempos que vivimos» sería, no obstante, una expresión equívoca, en la medida en que el texto

podría dictar condiciones para su lectura superiores a las de los tiempos en que tiene lugar. Gershom Scholem decía que la vitalidad del judaísmo radicaba en el empeño de elevar los tiempos a la altura de la Torá, en lugar de rebajar la Torá al nivel de los tiempos. Y lo que es válido para la exégesis de las Escrituras podría serlo para la lectura de las obras literarias en que la humanidad ha cifrado una fuente subsidiaria de su educación. La lectura creativa es revolucionaria, sobre todo, porque modifica estructuralmente la visión que el lector pueda tener en adelante del mundo de los libros como las «Sagradas Escrituras de la Humanidad». En el centro de esta apreciación podría situarse el aforismo de Benjamin Franklin respecto a la necesidad de leer mucho, pero no muchos libros. El buen lector no vuelve a muchos libros, ya que aprende a distinguir quién preside, por así decirlo, la república de las letras, o qué obra exige de él la concentración que le permite disfrutar, como quería Matthew Arnold, de la mayor «espontaneidad de conciencia» a su alcance.

Los siguientes ensayos, dedicados a varios autores representativos de la tradición angloamericana, pueden ser leídos como un tributo a la necesidad de asumir el gobierno de los libros —una metáfora deudora de la «batalla de los libros»— como una oportunidad de —con otro eco de Thoreau— anticiparse a la naturaleza. Su maestro y amigo, Emerson, situado en el eje del libro, entre Landor, el maestro de las conversaciones imaginarias, y Margaret Fuller, la precursora de los estudios de género en el siglo XIX, declaró que todo escritor tiene el deber de dirigirse, antes que a la generación actual, a la próxima. La suya es otra manera de recordarnos que el efecto (o «pensamiento salvaje») de los grandes libros está aún por descubrir, o que resulta inalcanzado, pero alcanzable.

Los siguientes ensayos, por otra parte, han visto la luz por separado con anterioridad. La lectura creativa ha sido un ejercicio afín a la tarea de edición y traducción de libros magistrales. Su procedencia es ésta: «Benjamin Franklin o el impresor», en *Autobiografía*, de Benjamin Franklin (edición y traducción de Javier Alcoriza, Cátedra, Madrid, 2012); «Walter Savage Landor o el fuego de la vida», en *Conversaciones imaginarias*, de Walter Savage Landor (edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2007); «Dos estudios emersonianos», en *Naturaleza y otros escritos de juventud* (edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Biblioteca Nueva, Madrid, 2008) y *Hombres representativos* (edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2008), de Ralph Waldo Emerson; «Margaret Fuller o la mujer americana», en *La mujer en el siglo XIX*, de Margaret Fuller (edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Letra Capital, Valencia, 2009); «Matthew Arnold o la eficacia de la cultura», en *Cultura y anarquía*, de Matthew Arnold (edición y traducción de Javier Alcoriza y Antonio Lastra, Cátedra, Madrid, 2010); «El tigre de Hircania», en el «Bestiario» de *Despalabro. Ensayos de Humanidades*, V, Madrid, 2011. Quiero agradecer a las editoriales su permiso para disponer aquí de los textos. Guardo un grato recuerdo de mis intercambios shakespearianos con Ángela Navarro, Susana Navarro y Raúl Narbón. Quiero hacer constar mi gratitud a Marcos de Miguel, el editor de Plaza y Valdés, del que sólo he escuchado palabras amables. La dedicatoria está suscrita por mi esposa, Rebeca. Por su celo y ayuda constante, también a ella le pertenece este libro.